

## LIBRO CUARTO

---

**Las religiones del Asia occidental y del Egipto.—Revelación por la palabra y por la vida orgánica.**

### I

#### **La religión de los persas**

Los viajeros modernos han encontrado, por fin, aquellas maravillosas ruinas de Persépolis, aquellas mil columnas (1) que *los espíritus levantaron* en medio del desierto, y en cuyos despojos, peristilos y mágicos pórticos se ve mezclada la gravedad egipcia con un arte precursor del genio griego. Una parte estaba cubierta de inscripciones en forma de conos ó picos de lanza, y como su clave se había perdido, os habrían parecido fórmulas de evocación para hacer surgir todos los días estas maravillas en el país de la magia. Lo que realza todo esto no es tanto la grandeza, la majestad colossal de la arquitectura, como las esculturas talladas en la roca viva de las montañas, porque en

---

(1) Chardin, *Voyage en Perse*, t. II, págs. 140-190.

estos bajorrelieves se encuentra, con el cuadro de las ceremonias religiosas de los persas, el de sus instituciones civiles y políticas; allí se ve á todo el pueblo, distribuido según las provincias del imperio, desfilar ante su primer maestro, Djemschid, que descansa sobre el trono y la peana de que nos habla la Escritura. Magos, labradores, arqueros, artesanos, llevan en sus manos las insignias de su condición; el carro de las emigraciones se mueve sobre sus ruedas, sin faltar la campanilla, que ya no suena, en el cuello de los camellos del Irán. No se encuentra aquí aquella inmovilidad de los reinos de Brahma y de Buda, eternamente sentados en las esculturas del Ganges; al contrario, todo se agita, el pueblo está de pie, la sociedad se ha levantado y marcha; he aquí la primera *procesión* del género humano delante del nuevo dios. Ni debemos echar en olvido los animales emblemáticos que, dispersos en un vasto horizonte, han aparecido tantas veces en las visiones de los profetas de la cautividad, y que allí, en lo alto de los monumentos ó bajo los pórticos, en la entrada del desierto, se agitan, embisten, baten sus alas en torno de aquel imperio naciente, como invitándole á partir; caballos caparazonados que hieren con su casco el capitel de las columnas; centauros de luenga barba; esfinges con cabezas de patriarcas; unicornios, carneros de la Escritura, que aun hoy señalan con su cabeza el Occidente, el Mediodía, *el aquilón y el país de la gloria*; toros cargados de diademas; querubines de

los medos; leopardos con fauces de águila; dragones sentados sobre el trono, de vuelo rápido, voz de trueno, chasquidos de alas, *parecidos al ruido de un combate*. Todos estos monstruos mitrados parecen reinar por derecho divino sobre la naturaleza viviente.

En estas esculturas revive la figura del imperio de los medos y de los persas; ayuntamiento de dos sociedades, constitución refinada y bárbara, la cabeza de un mago sobre el cuerpo de un toro. Cuanto más inmóvil parece el extremo Oriente, tanto más se agitan en su cuna estos pueblos zendos, con los cuales comienza verdaderamente el movimiento de la historia, lanzándose la humanidad á esa inquietud que nunca ha de acabar. Un vago instinto les impulsa á conquistar cuanto les rodea; sienten necesidad de imponer su fe, sus símbolos, sus dioses; quieren ser los apóstoles del mundo. Descendidos de las alturas de la Bactriana, estos pueblos se precipitan, baja la cabeza, como arriesgados caballeros, contra la raza de Sem, contra Babilonia, la Caldea, el imperio de Asiria, que entregados á la industria, pronto serán su presa. El imperio persa no descansará interin no lo haya subyugado todo, desde el Indo hasta el Halys. Un poco más tarde, Cambises le agregará el Egipto, pero el Asia es ya muy estrecha para la misión de estos creyentes; una vez sometido el Oriente, les es preciso apoderarse de Europa, no por una invasión furtiva ó por una colonia que va á ocultar su

origen en cualquier ribera desierta, sino por una verdadera emigración del Oriente al Occidente. Sin duda Grecia no espera más que la llegada del gran rey para encorvarse bajo sus pasos; la educación de la Europa se verificará bajo el yugo del Asia; así lo han prometido los magos. Después de haber azotado el Helesponto, sólo nos queda oír su quejido en Salamina.

¡Así aparece en la historia esta raza de hombres! Lánzase y salta en el pasado, como los leones coronados contra el unicornio de los bajorrelieves de Tchelminar. Los griegos nos han dado á conocer sus acciones; pero y sus pensamientos, ¿quién los explica? ¿dónde los encontraremos? ¿Qué doctrinas llevaban aquellos apóstoles á Maratón, Salamina, Platea y Mycala? ¿Quién nos dice si nos hemos de regocijar ó apesadumbrar por sus victorias? ¿Qué corazones palpitan bajo sus corazas? ¿qué tradición les alimenta? ¿qué Dios les guía?

Si á los monumentos de Persépolis juntamos el libro sagrado que les sirve de comentario, el *Zend-Avesta*, hallaremos desde luego las mismas doctrinas que en los más antiguos Vedas. Los Asvins, Soma, Mithra, Aryaman, todos los genios de la aurora que hemos visto aparecer con la revelación de los patriarcas indios, reaparecen aquí con más precisión, iluminados, acabados por el día en su plena carrera. Los espíritus de la aurora han llegado á su mediodía, á cuya nueva luz cambian de forma y de naturaleza, sin cambiar de nombre.

Basta el más ligero paralelo entre estos dos pueblos gemelos, los indios y los persas, para reconocer que han balbuceado durante mucho tiempo la misma lengua en la misma cuna, sólo que los segundos han permanecido más fieles á la tradición ingenua del primer culto, sin transformarlo por el arte ni por la filosofía; más bien eternizándolo, por decirlo así, en un idioma lapidario, el zendo, especie de esbozo, lengua de ciclopes, que el tiempo no ha podido ni pulir ni corromper. Por eso el *Zend-Avesta* no es otra cosa que la revelación de los patriarcas del alto Oriente reducida por los magos á un sistema de liturgia; por eso Persia, como Judea, carece de poesía y de metafísica; sólo posee una religión.

Su génesis es el de un pueblo nómada, cuyos territorios nacen, por decirlo así, bajo sus plantas á medida que va emigrando. Salido de sitios elevadísimos, en que el invierno dura diez meses, desciende á regiones más cálidas con su conductor Djemschid á la cabeza, y pronuncia en medio del mundo todavía mudo la palabra santa, á cuyo eco germina la hierba bajo la roca y los animales encuentran sustento. Ayudado de ángeles persas, de los izeds, prepara la tierra para morada del hombre, y rey de una raza guerrera, traza anticipadamente en el globo los límites de los imperios con la punta de un puñal de oro. Tal es la primera jornada de los pueblos zendos.

Lo que Moisés es á Abraham, Zoroastro lo es á

Djemschid. El pueblo ha abandonado las rudas cumbres del Alta Asia, donde tuvo con los indios su primer morada, pero todavía no ha llegado al país en que ha de fijarse. Pues bien; en las cimas de la Bactriana, antes de descender á Persépolis, recibe su enseñanza, como el pueblo hebreo en el desierto antes de pisar el país de Canaán. En los últimos confines del horizonte elévase la montaña santa, el Sináí del *Zend-Avesta*; sobre su cima, que de siglo en siglo se acrece, habitan los astros; con el alba salen radiantes del fondo de los antros; en sus flancos de oro germina el árbol de la vida; óyese mugir á su sombra al eterno toro de los pueblos pastores; de lo alto de las rocas se precipita, como un caballo jadeante, Arduisur, fuente de la inmortalidad, y la revelación misma parece brotar, como el agua de la roca, con impetuosidad de las profundidades de la montaña, cuando en medio de aquella naturaleza profética llega Zo-roastro, el profeta, á pedir la enseñanza, la fe y la ley. El rayo no estalla sobre este Oreb, antes bien, todo allí respira familiaridad. Un diálogo que tiene por único testigo la fuente, madre de los océanos, comienza entre Dios y el profeta: éste pregunta, Dios responde, y esta celestial amistad entre el Creador y su criatura, esta confidencia hecha al hombre por su autor, constituye uno de los primeros caracteres de la revelación persa.

El segundo carácter consiste en la vehemente necesidad de alabar y celebrar la creación entera.

En estos himnos, que no son otra cosa sino evocaciones, llama el hombre, unos en pos de otros, todos los objetos de la Naturaleza, para que rueguen en su nombre; quiere mezclar su voz á la del universo; celebra sobre todo á los recién nacidos, festeja la juventud de las cosas, compañera de la pureza. «Invoco—dice—al primero de los cielos, á la primera de las fuentes, al primero de los rayos, de los días, de las olas, al primogénito de los espíritus.» Si pregunta cuál es la poesía más pura, una voz desde lo alto le responde: «Es la que se refiere al origen de las cosas.» Los recién nacidos, en una palabra, son sus santos é intercesores, lo que demuestra más y más que aquel culto es, en todos sus detalles, la fiesta y el aniversario de la creación. Cercano aún al comienzo de las cosas, respeta el hombre la naturaleza material, que ninguna mancha ha profanado todavía; rey recientemente llegado, no se atreve aún á envanecerse con su soberanía, no sabiendo si este mundo será su señor ó su esclavo. El sentimiento de la dignidad de aquellos elementos apenas salidos de las manos de su autor, la faz inmaculada, la castidad virginal del universo viviente, todo se le impone por la imagen de un esplendor primitivo, por la huella que el Creador ha dejado en su obra; por esto, en su humildad, proclama á la Naturaleza más noble, bella y santa que él, cree que le espanta con su propia impureza cuando ve, al acercarse, temblar el agua, el árbol, el fuego del hogar. De ahí aquellas ex-

traordinarias prohibiciones de turbar los ríos con el ruido de las ramas, de bañarse en sus riberas, de aproximar su aliento á la llama: complacencia, amor del conquistador, antes de hollar bajo su carro esta tierra candorosa.

«¿Qué había en un principio?», se pregunta el profeta inclinado sobre la fuente del Bordj. «Había la luz y la palabra increadas», responde la voz de lo alto. De modo que en este génesis, el *Fiat lux* no ha tenido comienzo, la creación perezosa ha brotado cuando el día diligente lucía ya en su mediodía; en una palabra, el Dios de los pastores indios se nos ofrece distinto del universo, más material que el universo, revelándose eternamente en la primera aurora. Su culto es ya refinado, porque no se contenta con la llama de los bosques entregados al sacrificio; quiere alimentarse de los perfumes y de las maderas del sándalo, purificadas por los magos. Y por lo que hace á la palabra, ningún pueblo ha sentido mejor, ha exaltado más este prodigio. ¿No habéis admirado nunca este poder que, como un ser real, extiende fuera de vosotros el amor, el odio, la vida? Tan veloz como la luz, brota del hogar interior, sin que nadie pueda detenerla ni recogerla cuando ha lanzado su rayo; pero descendiendo hasta las tinieblas del corazón, ilumina el alma de un pueblo, como la aurora un continente, y hasta después del incendio, las palabras extinguidas guardan la chispa oculta en la ceniza, y para hacerla arder, basta el

soplo de un espíritu que llegue hasta ella, volviéndose á encender sobre los labios del profeta los carbones de los serafines (1).

La palabra es la luz de la humanidad, como la luz es la palabra de la Naturaleza; y siendo así, ¿por qué admirarnos de que los pueblos las hayan identificado, de que á la vista del doble milagro que en su seno (2) llevaban se convirtieran en sus adoradores? No sólo debió parecerles la palabra el prodigio del mundo moral, sino también del mundo físico. ¡Pues qué! ¿no presta la tierra, noche y día, atento oído al lenguaje de los cielos? ¿No escucha la Naturaleza entera una voz oculta? ¿No parece recoger desde la aurora un discurso divino que va creciendo durante el día y cuya última palabra expira entre los interrumpidos silencios de la tarde? ¿No responden los sonoros montes con la voz del eco, gritando, gimiendo, balbuceando en el fondo de los antros, como el hombre en el fondo de su pecho? Sólo el desierto es mudo, el silencio eterno es su principal atributo; por esto es el imperio del que *habita en la muerte*, mientras todas las criaturas vivientes repiten, cada una en su lenguaje, en su ritmo particular, la palabra luminosa que existía antes de todas las cosas. Habla la selva con el gemido de sus ramas, habla la fuente con sus ondas

(1) *Isaías*, VI, 6-7.

(2) Los vocablos *luz* y *palabra* tienen la misma raíz en griego y en sánscrito. (*Yajna*, pág. 214.)

murmurantes, habla el fuego con las purpúreas lenguas de su llama, respondiendo de este modo, en la liturgia, á las oraciones de los magos: «Sed felices y para siempre satisfechos. ¡Que los rebaños de bueyes se multipliquen! ¡que los jóvenes se reunan en muchedumbre! ¡que vuestros deseos se cumplan! Esto es lo que pido para vosotros en cambio de las secas ramas que me traéis piadosamente.» Si el universo es un verbo, un hosana pronunciado por el órgano de las cosas, ¿no se sigue que la palabra es el principio, el alma de la creación? Desde la eternidad Dios llama en alta voz todos los días, todas las horas, á todas las cosas, á la vez que conjura la noche, la sombra, la muerte. Recibir un nombre es recibir el ser, y el mundo surgió por el poder de la evocación. Pronunciada por el Altísimo esta palabra de vida, que es al mismo tiempo luz y claridad, brota, circula á través del infinito, y de esfera en esfera, de boca en boca, de eco en eco, es repetida por todos los arcángeles del cielo y de la tierra, Amschapands, Izedes, Ferners, y en el grado más ínfimo de la jerarquía de los seres la repiten aún á media voz los espíritus de las flores, los de los sordos metales, los de las piedras preciosas. Sostén y esencia del mundo, si dejara de pronunciarse se quebraría la creación entera. Por esto el pueblo persa, asociándose á la Naturaleza, repite incesantemente en su liturgia el verbo sagrado por boca del sacerdote; llama los seres á media noche; los despierta, cual

centinela, para que no se duerman en la muerte y todas las mañanas los saluda de nuevo, los alimenta, los invoca nuevamente con alguna palabra para el trabajo del día. Esto explica también por qué el *Zend-Avesta* se compone en gran parte de fórmulas de evocación, ecos de aquellas que rompieron el silencio de la nada, y no sólo el hombre debe unir su voz á la aclamación de los mundos, sino gustar también la palabra sagrada haciéndola su alimento y su bebida, comulgar con el universo enteró bebiendo el jugo místico del árbol de la vida en el vaso de Djemschid, que figura la copa del mundo, y comiendo la carne divina, el pan de Ormuzd, en las mesas litúrgicas. He aquí el principio de la Cena y Eucaristía paganas en el fondo de todo el ritual persa.

Si á este dogma se mezcla el genio de un pueblo guerrero, resultará un Dios con la espada en la mano. El reino de la palabra y de la luz increadas tendrá entonces por señor al que rige el orden de los cielos, al maestro de toda sabiduría, al artista de toda belleza, á Ormuzd. Pero á la luz se opondrá un ejército de mudas tinieblas, que tendrán por rey á Ahrimán, envuelto en el crimen, y el universo será el espectáculo de un eterno combate. Todo es lucha, conjuración, exorcismo, porque las criaturas, divididas entre los dos imperios, sostienen, cada una á su modo, la causa de su Dios. Hasta el estío lucha contra el invierno. Al Dios bueno y radiante pertenecen el unicornio, el

águila, que combaten por Él; al Dios malo obedecen las manadas de lobos y chacales, las sordas legiones de serpientes, escorpiones y bestias impuras. El gavilán, de vista penetrante, eleva su vuelo al apuntar el alba y aguza su pico para el combate de Echem; el caballo blanco se yergue y hiere con su pie al Impuro. En el cielo mismo las estrellas se ordenan como en dos hordas enemigas, y en la cima del firmamento el ave soberana, de pico y garras de oro, *más veloz que el que sólo hace bien*, y cuyo pecho descansa sobre los astros propicios, cubre con sus alas el imperio de Irán, é inclinando aquí y allá su cabeza, deja caer sobre los reinos los gérmans de la vida. El perro sagrado del pastor vigila de noche en las extremidades del universo en el umbral de la creación, y guarda los mundos como guardaría un rebaño, aterrando con sus gruñidos formidables al eterno enemigo. En una palabra, la luz asedia por todas partes con sus rayos el imperio de las sombras. En el fondo del desierto de Cobi viven las manadas de dragones, de centauros con cuerpos de toro, de culebras de dos pies, que soplan el simón y llevan el combate hasta más allá del universo habitado. La misma lucha encarnizada se desencadena en el corazón del hombre y se extiende más allá de los límites que el ojo mortal puede alcanzar, porque cada objeto de la Naturaleza tiene su ángel custodio. Un alma luminosa fulgura en las venas de los metales y diamantes; la más insignificante flor tiene su es-

piritu que por ella vela; hasta el puñal tiene el suyo; en una palabra, el ideal de cada ser es una persona que flota por encima del mundo real, criaturas completamente espirituales, que como los ángeles de los hebreos, armados de espadas y corazas, se persiguen, se chocan y se exorcisan en el mundo invisible. Los dewes, con su cuerpo de bronce, los darwands con repliegues de serpiente, combaten en aquellas regiones supremas contra los blancos feruers, los izeds, los amschapands con cuatro alas de oro, resonando el choque de sus armaduras en el mundo de las ideas.

En esta batalla, ¿por qué causa debe el hombre decidirse? Sin duda por la luz. He aquí el fundamento del derecho público, de la moral, de la industria de los persas. Ved cómo de este dogma va á nacer toda su historia. El fin del Estado, de la ciudad, del régimen político, es hacer triunfar el reino de la luz sobre el de las tinieblas; de donde resulta que el ascetismo de la India es reemplazado por el espíritu de conquista. ¿No es fácil explicarnos ahora el origen de aquel encarnizamiento del imperio medo-persa contra el África? ¿No eran aquellos tristes pueblos atezados de la tierra de Egipto, aquella raza negra que los persas, verdaderos puritanos del paganismo, encontraron en la Etiopía, los hijos favoritos de las tinieblas, la generación impura de Ahrimán? Tampoco reconocen otra causa las expediciones de Jerjes y Darío, verdaderas cruzadas paganas contra el Occidente, en

donde las frías tierras, las heladas riberas del Dabubio y la Tracia, privada de los rayos del sol de Oriente, representaban una región entregada por completo al enemigo de la luz, y contra el cual era preciso tomar la defensa del puro y brillante Ormuzd, medio vencido allí por el rey de la noche. De aquí la necesidad religiosa de apoderarse de la Europa y el odio inveterado de Persia contra Grecia, reina del Occidente. Leed en Herodoto la narración de aquella gran cruzada, y no encontraréis ningún fundamento serio para ella; pero consultad el dogma religioso, y veréis surgir de él toda su historia.

Un lazo más visible existía aún entre el dogma y el Estado, hasta el punto de que tanto el gobierno de la tierra como las costumbres públicas se hallaban establecidos según el plano de la institución de los cielos. Había en éstos siete arcángeles Amschápands alrededor del rey de la luz, y había también en la tierra siete sátrapas alrededor del monarca, siete castas en la nación y siete murallas alrededor de la ciudad santa. Lo que se echa de menos en la *Ciropedia* de Jenofonte es precisamente el no haber visto que la educación del príncipe se regulaba conforme al ideal de Dios: el menor de sus súbditos debía preparar, como él, en su corazón la salida, el reino de Ormuzd. Todo persa era un soldado del buen Dios, vigilante siempre consigo mismo en las tentaciones del enemigo interior, pues era indispensable que su vida apareciese

inmaculada como la llama del hogar, siendo su porvenir, su esperanza, llegar á convertirse en luz. Vivir bien, ¿qué otra cosa era que purificarse? Y este principio de la moral privada, extendiéndose á la administración de la Naturaleza, establecía las más severas obligaciones hacia las cosas como hacia las personas, lo que hace entrar también el comercio y la industria en el recinto del dogma. Cultivar la vid, esa hija del sol; extirpar las plantas venenosas ó parásitas; volver al redil el animal extraviado; ayudar á la tierra á engendrar todo género de formas y mantenerse en su pureza nativa; librar los ríos de los obstáculos que embarazan su curso; proteger las fuentes contra la impureza de las bestias salvajes; reanimar por el cultivo los campos esterilizados al soplo de Ahrimán; abrir á las ondas del mar puertos en que puedan abrigarse contra los golpes del eterno enemigo: todas estas ocupaciones no eran simplemente mercenarias, sino verdaderas obras piadosas que ocupaban un lugar en la liturgia universal, porque sirviendo para adornar el templo de la creación, el trabajo era el primero de los ritos. Para combatir la cizaña sembrada por los Dyvs, había el labrador heredado el puñal sagrado de Djemschid. Sin decir una palabra más, puede advertirse cómo sobre aquella base se establecía el acuerdo tan deseado en nuestros días entre la religión y la industria.

¿Creéis, por otra parte, que el fondo de estas ideas no haya adquirido valor duradero, que naci-



das al azar cerca de las fuentes de nafta de Bactriana, sólo pertenezcan á Persia y hayan de morir con ella? Parécenos, al contrario, que no tenemos hoy ningunas tan vivas y eficaces en la tradición del género humano. En efecto, conozco un libro que empieza con estas palabras: «En el principio la palabra existía sólo en Dios, la vida sólo en la palabra, y la luz era la vida.» ¿Quién habla así? ¿Es por ventura el *Zend-Avesta* de Zoroastro? No; es el Evangelio de San Juan, y por cierto que, sin investigar en qué fuente haya el apóstol recogido el dogma fundamental del Oriente, nos basta hoy saber que las visiones de los antiguos pueblos reaparecieron purificadas y divinizadas en el nuevo culto. Y si aun seguimos examinando el asunto, veremos que los oscuros presentimientos del paganismo fueron confirmados por el Evangelio. Esta luz del Irán es sólo tinieblas, esta palabra de vida pronunciada por el antiguo mundo es sólo un balbuceo, pero una y otra se convertirán mañana en la doctrina y la predicación del cristianismo.

La lucha, en efecto, entre las dos divinidades es flagrante, pero ¿será eterna? ¿á nadie pertenecerá la victoria? ¿siempre estará la balanza suspendida entre lo puro y lo impuro, entre la luz y la sombra? No; vendrá el mediador, por fin, nombre que conviene á Mithra, la tercera persona de la trinidad persa, que investido de una doble naturaleza, acabará por iluminar este Dios místico, hermafrodita, al Dios de las tinieblas con su

esplendor interno, convirtiéndolo á la luz, y Ahrimán, purificado y arrepentido, se reconciliará al fin con Ormuzd, uniéndose con él para hacer en común una ofrenda al eterno. El infierno ya redimido canta el *Avesta*; la resurrección de los muertos y el renacimiento del universo cierran esta gran batalla; la muchedumbre de las almas que pasaron el puente Tchinevad, guardado por el perro sagrado, son al fin revestidas de oro. El mal era sólo una sombra que flotaba en la superficie de las cosas, y acaba por ceder el campo al dominio absoluto del bien, consistiendo principalmente la originalidad de tales creencias, por una parte, en que el Satanás persa es también redimido de su caída, y por otra, en que la resurrección de la materia domina aún la del espíritu. Lejos de aparecer maldita, abandona la tierra su mortaja, renovándose y purificándose con Ahrimán en la copa del mundo, en que se agitan, hirviendo, los metales encendidos, dejando allí la muerte, la vejez y la impureza, y surgiendo de aquel crisol más pura y virginal que en su primitiva cuna. Un océano de luz la rodea, y cual isla sagrada, bñase en los esplendores de la luz inteligible. Este Dios Mithra, el de los ojos de oro, el *cultivador del desierto*, el hijo de la palabra, el que pone término á la escena de las revoluciones religiosas de la Persia y cierra un Antiguo Testamento, aparece como el purificador de la Naturaleza y redentor de la creación, y siendo el último de los dioses del Oriente,

es también el más grande, el más lleno de espiritualismo, el más próximo á la tradición cristiana. Y esto explica suficientemente por qué el mundo permanece durante algún tiempo incierto y vacilante entre su culto y el de Jesús. Uno y otro tenían los mismos nombres y poseían iguales atributos: sol de verdad y de inteligencia, nuevo sol. Celebrábanse sus fiestas en el mismo día; la natividad del uno en el pesebre correspondía á la salida del otro del antro oscuro del monte sagrado, y ambos venían á cumplir el Antiguo Testamento del Asia. Mithra transfiguraba la ley de Zoroastro; Cristo la de Moisés. Nunca se vió sobre la tierra mayor incertidumbre ni rivalidad mejor sostenida hasta el fin. El mundo se decidió, por último, en contra de Persia. Dos veces habia ésta intentado ser el apóstol del mundo: en Oriente se encontró con el Dios de la Biblia; en Occidente con el Dios del Evangelio.

Pero aunque vencida, ha dejado por todas partes sus huellas en el culto triunfante: su Ormuzd, que flota como Elohim sobre la Naturaleza entera sin estar en ella encarnado; su arcángeles armados con lanzas de oro, y que con sus escudos cubren al mundo; su Ahrimán, que excepto la eternidad del castigo, presenta todos los caracteres de Satanás; la resurrección de la materia, la imagen del árbol de la vida en el paraíso del mundo naciente, el bautismo en el agua sagrada, ¡cuántos rasgos comunes á la Biblia y al *Zend-Avesta*! ¿Y no son también los dragones convertidos del desierto se-

mejantes á los querubines en presencia del toro, los animales coronados de Persépolis, parecidos á los animales simbólicos de los evangelistas que los han reducido y domado por el milagro del cristianismo? ¿Y no representan, en fin, los reyes magos, que perciben á lo lejos la estrella del Evangelio y van á prosternarse ante el Dios recién nacido, no figuran de la manera más ingenua aquel instinto, aquel presentimiento cristiano y latente en cada uno de los símbolos del paganismo del Irán? La mirra y el incienso que llevaban humeantes del hogar de Agni, de Indra y de Ormuzd, se queman hoy todavía en el hogar del Dios de Belén.

Divinizar el principio del combate basta para conquistar al mundo, pero es demasiado poco para convertirlo. Faltábale á esta doctrina la unidad que la tierra esperaba, pues aunque sobre el combate de Ormuzd y de Ahrimán existía el ser en sí, *Aquerene*, el Eterno, oculto entre las nubes del dogma, invisible, impasible é incomunicable, esta idea, esta unidad misteriosa, desaparecía, por decirlo así, entre el tumulto del universo en lucha consigo mismo. Hacían demasiado ruido las criaturas para que el Creador pudiese hacer llegar su voz hasta ellas, y por eso, mientras el combate dura, aquel Dios soberano, espectador solitario retirado en las alturas del dogma, como Jerjes sobre la montaña en Salamina, habia de desaparecer necesariamente de las cosas y de los espíritus. Persia debía también perecer por virtud de la lucha

misma que había instituido, porque aquellos dos eternos combatientes, Ormuzd y Ahrimán, se destruirán mutuamente antes de que sus innumerables defensores puedan parar sus golpes. Las bestias salvajes son los únicos que quedan entre sus adoradores; el día de la reconciliación no ha amanecido; la Naturaleza, lejos de haber sido restaurada, ha sido desfigurada por la cólera del hombre. El mudo desierto ha extendido el silencio de los muertos hasta las mismas ciudades santas donde antes resonaba la palabra. ¿Qué se ha hecho del ideal que sobre todas las cosas flotaba? Mithra, solo, eternamente solo, sin mensajero y desposeído, recorre los cielos del Irán sin poder reanimar nuevamente el imperio de las almas, y Alejandro, los partos y los mahometanos han arrojado al viento, unos en pos de otros, los restos de las cenizas del fuego sagrado. Así es como acabaron las promesas hechas á los magos, quienes, aunque dispersos y arrojados de su propio país, han llevado hasta la India el culto de sus mayores y señalan aún en el siglo XIX las horas con las mismas oraciones que Ciro dirigía al sol levante á la cabeza del imperio de los persas. La aurora naciente llega todos los días con las manos vacías, y lejos de desesperar ellos del redentor, ofrecen constantemente al Oriente el mismo milagro que los judíos al Occidente. Y he aquí en los dos polos del mundo, expulsados del género humano, á los medos y á los hebreos, los señores y los cautivos de Babilonia, los que reían

y los que lloraban bajo los sauces, los magos y los profetas, los convidados y los flagelados de Baltasar, igualmente inmortales, igualmente miserables, igualmente obstinados en resistir, los unos á Cristo, los otros á Mahoma, sin que la enemistad de toda la tierra sea poderosa á reunir dos causas tan formalmente semejantes, que sólo difieren en Dios.

¡Cuánta pena causa el ver desaparecer una religión! Es porque ella constituye en rigor la parte inmortal de los imperios, el alma de las civilizaciones, que les sobrevive en una idea, en un dogma ó menos aún quizás, en un rito ó una imagen que se añade á la profesión de fe del género humano. Causa maravilla el observar hasta qué punto el *Zend-Avesta* de la Bactriana se encuentra mezclado en la poesía mahometana del Ispahan. El Oriente en la Edad Media sutaliza con su pasado, como el Occidente con el suyo. Citaremos un ejemplo tomado de uno de los líricos persas del siglo XVII de la hégira, poeta que se halla separado de Zoroastro por muchos millares de años y por dos religiones que nada absolutamente han dejado en pie de las creencias anteriores, pero en el cual, á pesar de todo, no podemos menos de reconocer desde las primeras palabras el culto antiguo de la luz depurado por el misticismo del Islam:

«Mientras el sol no ha dejado ver su cabeza luminosa, una sola de sus miradas basta para entreabrir el seno del tulipán. Su espada radiante extiende por todas partes la sangre de la aurora.

¡Oh amigo! eleva tus miradas hacia el cielo, y apaga tu sed en el vaso rebosante de la inmortalidad.» Yo exclamé con los ojos apagado por el sueño terrestre: «Aun es de noche. Mientras dura el crepúsculo no se sabe si el día declina ó si el día adelanta. Contemplemos, pues, anticipadamente el sol inmutable de las almas, cuyo brillo resplandece en la figura del sabio.»

El poeta no busca ya en la Naturaleza la fuente increada de la vida y de la palabra, porque en sí mismo la encuentra. Ahora bien; ¿no es esta precisamente la diferencia esencial existente entre el Oriente moderno, entre el *Zend-Avesta* y el *Corán*?

## II

**La religión del Egipto.—La revelación  
por la vida orgánica**

Hay pueblos que nunca, al parecer, han tenido infancia, y de los cuales se creería que fueron formados ya adultos y maduros. Otros son ya viejos al nacer. Lo cierto es que todos ellos tienen siempre la misma edad que sus creencias. Así, al través del Oriente se ven avanzar de civilización en civilización, como por otros tantos grados marcados por el hierofanta, procesiones de dioses cada vez menos nativos y más reflexivos, más sabios, tristes, según que de sus cunas se van alejando, caracteres que comunican á las edades en que viven y á los pueblos en que son adoptados. De este modo llegan por fin á la sociedad egipcia, y allí se detienen inmóviles, como llegados al término de la iniciación oriental. Hijos de la aurora, después de haber cruzado por el espíritu del hombre, acaban por inclinarse á las tinieblas y rodearse del misterio. Un paso más, y tocarán en los límites del sofisma.

Pero ¿qué es lo que puede significar la civiliza-